

• Prefacio •

He aquí la biografía de un ciudadano común a quien circunstancias turbulentas colocaron en el sitio de los grandes caudillos de México. Y también la historia del sistema político en un momento crucial de su historia, de los ciclos de destrucción y reconstrucción, y de sus hombres. Surgidos de las crisis que pusieron en peligro más de una vez la existencia de la nación, individuos y acontecimientos se asemejan de manera asombrosa en distintos momentos de la vida de México. Los paralelos entre la Revolución de 1910 y la Independencia de 1810 –estamos usando fechas al fin convencionales– son evidentes: se inician y culminan con un siglo de distancia. En su origen, ambos acontecimientos fueron el resultado de un liberalismo prendido de elementos democráticos y populares, desplazados luego por la lucha armada y sepultados al final por autocracias militares. La Independencia culminó con el encumbramiento de los criollos provincianos Agustín de Iturbide y, a su tiempo, de Antonio López de Santa Anna, y la Revolución mexicana con el de los criollos provincianos Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Ellos serían el principio de gobiernos de militares y, con notables excepciones, pasarían varias décadas antes de la llegada de los civiles a gobernar el país: Benito Juárez y Miguel Alemán, respectivamente. En aquel siglo XIX, Sebastián Lerdo de Tejada sería desplazado por el general Porfirio Díaz, a su vez echado del poder por una revolución encabezada por Francisco I. Madero. En resumen, la constante histórica del país en esos dos siglos fue la del ciclo que se inicia con una rebelión y concluye en una autocracia, en el que mediaron luchas intestinas y golpes de Estado, antes de llegar, digámoslo así, a un punto de equilibrio.

Hijo menor de una numerosa familia sin fortuna, y huérfano para mayor desdicha, Obregón viviría uno de los ascensos políticos y militares

más asombrosos de la historia de México, como los de López de Santa Anna y Díaz, con quienes en tiempos distintos compartiría su destino, menos en un aspecto: perdió la vida a manos de un terrorista, mientras los otros dos murieron ancianos en sus camas, uno en el olvido, otro en el exilio. Viudo a los treinta años, con varios hijos, don Álvaro no se movió de sus negocios y de su hogar cuando estalló la Revolución de 1910. Ajeno a este movimiento inicial, al "primer revolucionario de México" le pesaría como un baldón a la hora de la victoria haber sido prácticamente el único jefe militar y político carente de ligas con Madero, a quien si acaso vio de lejos.

A Obregón le desagradaron los alborotadores maderistas por ser una amenaza para sus negocios. Llevaba el apellido Salido, de grandes propietarios de tierras, prefectos políticos y algún antepasado a quien Benito Juárez expropió sus bienes por colaborar con los imperialistas. Calculador y pragmático, menguó sus afectos familiares cuando vio en ruinas el viejo orden, y cuando parientes y amigos no dejaron pasar la oportunidad de ocupar los puestos y bienes de los emigrados. De su sentido práctico de ranchero brotó un instinto profundo e insospechado: el político. En cuanto pudo se unió al bando de los vencedores y, una vez de ese lado, se dispuso a recuperar el tiempo perdido, porque un país preso de revueltas, sin un gobierno efectivo, le ofrecía las oportunidades del pescador en río revuelto.

La rebelión de Pascual Orozco le dio la ocasión esperada. Sacando por delante sus dotes de líder y organizador, pronto formó un desastrado batallón de irregulares, núcleo de un ejército creciente fraguado al calor de los éxitos militares del antiguo agricultor, inventor y ayudante de tornero. Una vez encaminado en esa dirección, fue el cuartelazo del general Victoriano Huerta el que le dio una nueva oportunidad. El gobernador de Sonora José María Maytorena encontró en Obregón al jefe que debía poner al frente de las tropas rebeldes del estado. Pero no se dio cuenta a tiempo de que labraba su desgracia, porque su elegido no tardó en intrigar en su contra.

Aunque recién llegado, este revolucionario advenedizo fue el más audaz de todos, el que corrió más rápido. Poseía una inteligencia sobresaliente y una capacidad para advertir, a golpe de mirada, las envidias, los celos, las mentiras, las traiciones. Oriundo de un pueblo ignoto, actuó como hombre de mundo dueño de un arsenal de recursos psicológicos para manipular las miserias morales ajenas. Era un individuo de superlativos, imperativo, de fino cálculo en sus movi-

mientos políticos y militares, generoso con sus amigos y terrible con sus enemigos.

¿Por qué y cómo una persona de orígenes tan insignificantes llegó a ser el triunfador y un dictador a lo largo de diez años?; ¿qué lo convirtió en general invicto de tantas batallas?; ¿dónde está la parte del talento del individuo y dónde el capricho de las circunstancias? Imposible responder a estas preguntas, porque el azar, ese dios caprichoso, hace la diferencia entre el éxito y el fracaso, y Obregón parecía tener un pacto con él. Tuvo la suerte de enfrentarse a gente de menores recursos o, dicho con sus palabras, cometió menos errores que sus antagonistas, y sacó más provecho de ellos. Como militar era más bien conservador: acumulaba elementos favorables y buscaba el terreno más propicio para pelear, el sitio en que al enemigo le quedaran por fuerza las posiciones desventajosas; concentraba a sus soldados en un punto de ataque cercano a sus fuentes de aprovisionamiento, y esperaba el tiempo que fuera necesario hasta que el otro se mostrara dispuesto a dar batalla. Tomaba siempre la ofensiva con métodos defensivos, signo evidente de su astucia militar. Sus principios en este campo fueron los mismos que utilizó en la política. Según convenía, hacía la guerra al estilo moderno o a la manera de los yaquis, que sabían combatir cuerpo a cuerpo o atacar desde trincheras individuales conocidas como “loberas”. Para sentirse más seguro frente a la incertidumbre de la guerra, Obregón recurría a la superstición, a sus fetiches o al número trece. Era dueño de fórmulas que usaba tanto en la batalla como en la política: “nunca hagas lo que el enemigo quiere o piensa que harás”, y apotegmas por el estilo.

Ya como el militar sonoreense más destacado, pretendió desprenderse de su segunda piel, la nacida con la Revolución. Sorprendió al Primer Jefe Carranza cuando le pidió que a los militares les fuera vedado ser funcionarios del gobierno a la hora del triunfo. En su momento, un asombrado Martín Luis Guzmán diría: “yo me figuraba asistir a un suceso insólito, a la elaboración de un caudillo, capaz de negar, desde el origen, los derechos de su caudillaje, que era como ver a un león sacándose los dientes y arrancándose las uñas”.¹ Pero el gran escritor se equivocó, como tantos otros: ningún caudillo triunfante renuncia a su naturaleza, que es la de dominar sin límites a los demás.

¹ Martín Luis Guzmán, “Álvaro Obregón”, *Caudillos y otros extremos*, prólogo, selección y notas de Fernando Curiel, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 69.

Su pragmatismo le hizo considerar a las ideologías y proyectos de cambio social como “pura literatura, versos en prosa”. Le fueron tan indiferentes el capitalismo y el anarquismo como el comunismo, y metió en el saco de “socialismo” todo lo que le convino, para bien o para mal. Como Napoleón, se reservaba el derecho de reírse mañana de las ideas de la víspera. Improvisado como militar, también lo fue como orador e ideólogo *sui generis*. Se adaptaba a los dictados de sus auditorios, a los que dominó obedeciéndoles, y recargaba su lenguaje de imágenes y frases sobre la trascendencia de la lucha armada y el destino luminoso del país.

Aprendió cuanto pudo sobre el arte de la política y el gobierno, y lo hizo bien, ante el reto de conducir un país de tal tamaño y complejidad. Respetó a los hombres de la cultura y la inteligencia, y los sedujo con su carisma. Invitó a José Vasconcelos a construir con él un sistema educativo y cultural para un México atrasado por siglos y devastado por una larga guerra civil. Desconfió de los ideólogos, pero se atrajo a Soto y Gama, consejero de Emiliano Zapata, y lo hizo su camarada en la causa agraria. Colmó de honores a la Premio Nobel de Literatura, la chilena Gabriela Mistral, y al ingenioso Ramón María del Valle-Inclán, prestos a retribuir con sus ilustres plumas a tan generoso anfitrión. Sus intentos no le bastaron para ser, ni medianamente, un hombre de cultura, lo que se reflejó en sus discursos, de un léxico rebotante de adjetivos. Escribió poemas y reflexiones, dignos del olvido, sobre el mundo de su tiempo y un libro en el que relató su vida militar, titulado *Ocho mil kilómetros en campaña* y publicado en 1917. Afecto a los “manifiestos”, una suerte de declaraciones políticas destinadas a convocar a sus partidarios para tal o cual causa, se adornaba con un dramatismo exagerado, como cuando decía: “Ha llegado la hora [...]. *La Historia retrocede espantada de ver que tendrá que consignar en sus páginas ese derroche de monstruosidad* –la monstruosidad de Huerta”.² A este hombre práctico y concreto sus lances intelectuales a menudo le dejaban mal parado, pero tenía a su favor la impunidad otorgada por su inmenso poder. Fue campechano, dicharachero, pero también arrogante y vanidoso, aun cuando salpicaba sus blasonadas con frases de este jaez: “con sacrificio de mi modestia...”

En vida y después de ella recibió los más variados calificativos, luces y sombras en los espacios de su compleja personalidad. Encandilaba a quien fuera con su prodigiosa memoria. Fluían de él conversaciones

² Ibid., pp. 70-71.

interminables, salpicadas de picardías, chistes y anécdotas. Captaba situaciones a simple golpe de vista; era apasionado y tomaba posiciones con una rapidez asombrosa, si bien tenía la capacidad de administrar sus reacciones y tomar las cosas con aplomo si así convenía. Escritores serviles contribuían a la desmesura del amor que Obregón sentía por sí mismo. En su libro *Obregón, presidente de México*, el doctor Emile J. Dillon afirmó que el gobernante mexicano era el hombre de Estado más inteligente que vivía sobre la tierra. Y a su muerte, dijo de él que era “uno de los más grandes hombres entre los grandes hombres de todos los tiempos”.³ Ni más ni menos.

Vicente Blasco Ibáñez captó aspectos de Obregón pronto conocidos por sus lectores: “un hombre que procura asombrar al que le escucha: unas veces con explosiones de orgullo, otras con empequeñecimientos de una humildad inesperada. Lo que importa es decir siempre lo que no esperen los demás...” Al peninsular le resultó muy ameno “escuchar horas y horas su facundia animada, pintoresca y alegre”, y le reconoció que tenía “una palabra invencible [...] me repliego ante él, derrotado como un Villa, y me limito a escucharle...” Una declaración así, proveniente de un español de sus dimensiones, no es cualquier cosa. A bocajarro Obregón le preguntó a Blasco Ibáñez si no había escuchado que era “algo ladrón”, a lo que su desconcertado interlocutor no atinó a darle una réplica aceptable. “Sí”, insiste; “se lo habrán dicho indudablemente. Aquí todos somos un poco ladrones.” Blasco Ibáñez así interpelado y conservando las formas, le dijo: “¡Oh, general! ¿Quién puede hacer caso de las murmuraciones? [...] Puras calumnias”. Obregón no se permitió entonces perder el ritmo de la ocurrencia cuya marcha sólo debía detenerse en su clímax: “—Pero yo no tengo más que una mano, mientras que mis adversarios tienen dos. Por esto la gente me quiere a mí, porque no puedo robar tanto como los otros”. A este chiste sobre su mutilada anatomía siguió otro y después otro, celebrados por la risa estridente de sus circundantes.

Pero no todo le causó gracia a Blasco Ibáñez, quien resultó implacable con el “Caudillo de México”. Para él, en *Ocho mil kilómetros en campaña* “seguía una costumbre de todos los guerreros ilustres, victoriosos y célebres, a partir de Julio César. ¿Por qué había de privarse el antiguo corredor de garbanzos de escribir también sus *Comentarios*?” El espa-

³ “Mis encuentros con Álvaro Obregón”, *Crisol*, revista de crítica publicada desde enero de 1925 por Emile J. Dillon, ASG.

ñol se vengó de los desconciertos propinados por el caudillo: “tiene para las muchedumbres el encanto de su franqueza algo rústica, de su malicia bonachona a ratos, de su alegría medio salvaje; tiene el prestigio de su valor, que yo reconozco, pero del que dudan sus enemigos; mejor dicho, de su agresividad de jabalí cuando pretenden acorrallar-lo; y sobre todo esto, tiene [...] que le falta un brazo”.⁴ Esta ocurrencia causó la hilaridad de los lectores y el disgusto del objeto. Se daba el caso de que Obregón era el único autorizado para contar chistes de sí mismo, y nadie más. Nunca perdonó estas palabras ni muchas otras al célebre periodista y novelista, quien, prudente, no intentó pisar de nuevo el territorio mexicano. Y su obra quedó proscrita durante décadas, víctima de la censura gubernamental, con el honroso primer lugar de su lista negra.

De tono mesurado es la breve descripción del carácter y temperamento de Obregón que nos ofreció el doctor y general Francisco Castillo Nájera:

Ágil inteligencia y memoria privilegiada caracterizaron al jovial guerrero. No todo lo que refería era de su invención, pero aderezaba con especias propias y las narraciones adquirían sabor original. Relataba con asombrosa fluidez; aunque sin ornamentación literaria, su vocabulario era caudaloso y correcto. En sus improvisaciones oratorias abundan las imágenes de intenso brillo y las fogosas hipérboles que impresionaban y atraían a las multitudes. Sus escritos son inferiores a sus arengas, a sus exposiciones sobre asuntos de gobierno u otros importantes, y aun a las amenas pláticas íntimas. Era un verdadero *causeur* y su vena humorística no se agotaba nunca. De carácter vivo, estallaba en exabruptos no siempre de buen tono; sin embargo, sabía refrenarse y, con salida oportuna, desagaviar y hacer reír a quienes, en sus arrebatos, había ofendido. Se afirma que “por hacer un buen chiste, no le importaba sacrificar a sus mejores amigos”; la verdad es que su propósito no fue, en tales casos, herir a nadie; él mismo resultaba, con frecuencia, víctima de su sátira.⁵

⁴ Vicente Blasco Ibáñez, *El militarismo mejicano: estudios publicados en los principales diarios de los Estados Unidos*, Prometeo, Valencia, s. f., p. 8.

⁵ Francisco Castillo Nájera, “Obregón. Ingenio y humorismo”, *Obregón. XIX Aniversario*, folleto, 1947, p. 39.

Nemesio García Naranjo, sin embargo, vio en Obregón un agente perpetuo de intranquilidad y de caos. Le juzgó ambicioso y violento, “grotesca caricatura de Bonaparte; pero del Bonaparte del 18 Brumario que asalta el poder, no del Bonaparte de Montenote y Arcola, que conquista laureles inmarcesibles para su patria”. Su paso por la historia de México, opinaba García Naranjo, estaba acompañado de asesinatos de sus enemigos, y lo peor: enemigos que antes fueron sus amigos o compañeros de armas. Fue el responsable de innumerables crímenes, de una manera directa o indirecta contra una pléyade de revolucionarios notables: Venustiano Carranza, Francisco Villa, Francisco Serrano, Arnulfo Gómez, Lucio Blanco, Fortunato Maycotte, Salvador Alvarado, Manuel M. Diéguez, Francisco Murguía. Ahí quedaron para la historia las sospechas de los envenenamientos de Benjamín Hill y Ángel Flores, y desde luego los incontables asesinatos, fusilamientos, desapariciones, de tantos cuyos nombres son menos conocidos o de plano están perdidos para el registro histórico.⁶

La personalidad de Obregón, dijo Ramón Puente, fue la de un hombre extraordinario, pero carente de grandeza. Porque ésta requiere tal número de atributos en equilibrio, que es muy difícil poseerlos. Ser extraordinario significa ser distinto en una suma de pocos atributos, excesos, singularidades:

hay en su espíritu contradicciones formidables, cualidades y defectos en confusión: valor, temeridad, audacia, junto con disimulo y sencillez; egoísmo llevado a la egolatría y afabilidad en el trato; desprendimiento y codicia; fuego y frialdad para disponer de la vida humana sin inmutarse. Cualquiera se pega chasco con su carácter efusivo y su apariencia simpática. Sabe dar y quitar lo mismo los honores que la vida.⁷

En una visión desde otro ángulo cercano, Martín Luis Guzmán advirtió en él una gran seguridad en su gran valer, pero a la que simulaba no otorgarle importancia. Y por esa simulación,

⁶ “Los verdaderos alteradores de la paz mexicana”, carta abierta al duque de Alba, París, 31 de agosto de 1928, *La Opinión*, Los Ángeles, recorte, s. f., AFDH.

⁷ Ramón Puente, “Obregón”, *La dictadura, la Revolución y sus hombres*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985, p. 181.

Obregón no vivía sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no era un hombre en funciones, sino un actor. Sus ideas, sus creencias, sus sentimientos, eran como los del mundo del teatro, para brillar frente a un público: carecían de toda raíz personal, de toda realidad interior con atributos propios. Era, en el sentido directo de la palabra, un farsante.⁸

La vida política de Obregón en la década de los veinte transcurrió dentro de los límites de un triángulo del que Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta fueron los otros vértices. Aliados hacia la victoria, las diferencias entre el caudillo y De la Huerta culminaron en el rompimiento. La decisión de apoyar a Calles para sucederlo en la presidencia de la República polarizó a la coalición revolucionaria y estuvo en el origen de un movimiento armado de graves consecuencias. Los tres individuos, a pesar de todo, fueron referentes entre ellos, en la victoria y en la derrota, en la alianza y en lucha. Una liga indestructible y fatal los unió siempre, hasta el último minuto de sus vidas. Obregón logró liquidar las amenazas a su supremacía de quienes lo desafiaron en distintos momentos: Jorge Prieto Laurens y Francisco R. Serrano, pero la de Adolfo de la Huerta fue la de mayor y más duradero efecto, pues se mantuvo prácticamente hasta su asesinato en 1928.

No existe una leyenda obregonista a la altura de su condición de triunfador indiscutible de la Revolución. Nunca logró arraigar en el alma popular un sentimiento semejante al que todavía se conserva hacia personajes como Emiliano Zapata, mito que Obregón contribuyó a formar como el adalid por excelencia de la causa del campesino y la tierra. Para el general Francisco Villa se reservó el olvido oficial, aunque se mantuvo vivo el recuerdo de los suyos. Obregón nunca fue, en sentido estricto, “un héroe popular”. Se le creó, eso sí, un “culto a la personalidad” *post-mortem*. Escuelas, ejidos, calles, avenidas, una demarcación del Distrito Federal e incluso una ciudad llevan el nombre del sonorenses, y una cantidad indeterminada de bustos y estatuas todavía pueblan espacios de la geografía nacional. Un monumento desmesurado en San Ángel permanece en pie, con un mástil enorme donde ondea una gigantesca bandera nacional; hasta hace poco fue santuario de su recuerdo y también de su brazo destrozado en un frasco de formol expuesto a la curiosidad pública.

⁸ M. L. Guzmán, op. cit., p. 75.

El último caudillo de México fue un actor consumado. En sus desplantes verbales, en sus discursos, se percibía a cada paso un afán de parecer el más revolucionario, como buscando compensar una falta y convencer a los demás de que, después de todo, había dedicado su vida a la causa del pueblo. Y, en esa dirección, como cortina de humo sobre sus millonarios negocios y sus maniobras un tanto maquiavélicas para hacerse del poder, llenó a los del otro lado de calificativos deleznable, montado en el potro de la moralidad. Junto a su talento natural, a su carisma, a su disciplina personal y política, debe citarse su visión para encauzar a las fuerzas ascendentes en su proyecto de reformas, sin romper del todo con la herencia del antiguo régimen. Aunque no se distinguía por su inclinación hacia la democracia representativa, la esgrimió con decisión cuando así convino a sus intereses. Esta postura se modificaría sensiblemente durante el transcurso de su mandato, hasta desaparecer casi por completo en 1924, ya impuesto su sucesor, sometidos los partidos políticos y los poderes Legislativo y Judicial, y vapuleada la prensa de oposición. La carrera de Obregón hacia su segunda presidencia a partir de 1928 se impulsó por su fuerza política acumulada y su prestigio de triunfador de la Revolución.

Una explicación debe el autor a los lectores de esta obra, y tiene que ver con el modo como fue escrita. Se ha propuesto obligarse a respetar su inteligencia, esperando que encuentren en sus horas de compañía con el libro información e interpretaciones serias, en un lenguaje a la vez llano y grato. Aquí encontrarán datos y propuestas a menudo distintas a las usuales, apoyadas de manera rigurosa en fuentes numerosas y de calidad. Es de lamentar que no exista un archivo particular de Álvaro Obregón ni en Cajeme ni en otro lugar, según me lo hicieron saber dos de sus hijos, debido a alguna inundación en la finca de Náinari. No obstante, se hizo uso de las mejores fuentes disponibles para el investigador, a lo largo de años que ya no se cuentan.

Estamos en contra de trivializar la historia a nombre de la “divulgación”, con el abuso de retazos anecdóticos, la subida al carro de las leyendas negras o blancas, o la conversión del género en novela. Tampoco es éste un libro docto, hecho para expertos, porque su destino final podría ser –que Dios nos libre– los estantes polvosos, el remate en los baratillos o, trágicamente, ser pasto de los roedores. Ojalá al lector le sea útil para comprender un poco mejor la compleja realidad de México, y se dé cuenta de que los buenos de la historia no son tan buenos

ni los malos tan malos, sino que todos fueron actores de un drama único y extraordinario. Algunos advertirán el escaso tratamiento de detalles biográficos de tipo personal o familiar, y ello obedece a un doble motivo: el mayor interés de esta obra radica en los aspectos políticos y, en línea con lo anterior, la renuncia expresa del autor a tratar temas de la vida privada que poco o nada contribuyen a lograr su objetivo principal. Nunca pretendimos escribir una biografía lineal, en la que se mezclaran lo trascendente y lo intrascendente, lo primario y lo secundario, sino una biografía política, o más precisamente, la historia de un hombre en sus más destacadas facetas y escenarios políticos.

Deseo hacer patente mi gratitud hacia la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa de la que he sido profesor a lo largo de veinticinco años. Con su apoyo, manifestado al darme un lugar de trabajo y los ingresos correspondientes, entre ellos los estímulos derivados de mis actividades docentes y de investigación y un presupuesto modesto, me fue posible llegar hasta donde el lector podrá advertir. Decisiva ha sido la paciencia de mi familia, de Reyna, Ana Laura y Jorge, y el recuerdo de mis queridos padres Pedro y Carlota, quienes seguramente hubieran leído, con cariño y benevolencia, el fruto de un esfuerzo empeñado a lo largo de un tiempo que debió haber sido más corto. Quiero dejar constancia de mi afecto y gratitud a la familia Soto Ugalde, particularmente a don Salvador, y a la familia De la Huerta, sobre todo a Alfonso. Mención especial merecen mis amigas doña Felisa Prieto de Carrillo y Alba Pérez Ponce de León, por su simpatía y apoyo en la elaboración de este trabajo. También agradezco al eficiente y amable personal del Archivo General de la Nación y al Archivo Fideicomiso Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca, a Norma Ogarrio, y en general a quienes contribuyeron de distintos modos para que este libro fuera posible.